

Paul Schostakowsky.

## EUROPA Y RUSIA

### EL «OCCIDENTALISMO» Y EL «RUSISMO», LAS DOS CORRIENTES DE LA CULTURA RUSA

Pedro el Grande fué un verdadero coloso, física y mentalmente: medía casi dos metros, y en su cerebro genial tenían cabida, a pesar de la variedad complicadísima que presentaban, todos los problemas de su estado a la vez. Un historiógrafo ha dicho con razón que durante la primera mitad de su largo reinado de treinta y seis años (1) el aparato gubernativo se concentraba todo entero en su pluma, cuya prodigalidad fué fantástica. No es posible siquiera enumerar los problemas que le ocupaban simultáneamente y que no eran ni sueños ni pensamientos abstractos, ya que su cerebro trabajaba únicamente en el dominio de lo concreto. Sea cual fuese el problema que se presentaba a su mente—o visión, ejemplo, noticia, que llegaban a sus ojos u oídos—en seguida su pluma empezaba a trazar órdenes imperativas para que se averiguara o creara o desarrollara tal o cual cosa en la industria, agricultura,

---

(1) Pedro el Grande nació en 1672 y a los diez años de edad fué proclamado zar de todas las Rusias, conjuntamente con su hermano Iván, pero su reinado efectivo empezó solamente en 1689, cuando Pedro tenía ya diez y siete años.

comercio, ejército, marina, hacienda, en todos los ramos de la vida estadista y económica de su pueblo, sin excepción alguna. En plena guerra del Norte, mientras sus jóvenes tropas aprendían, en medio de batallas y derrotas sangrientas, el difícilísimo arte de vencer a los suecos, que a la sazón eran la más fuerte potencia militar de Europa, Pedro pensaba en la cría de vacas en Kolmogor, en la de caballos en Viatka, en la de carneros en el sur; pensaba en la industria lanera, en la organización de telares; en la anchura que debe tener el paño; en la api y horticultura, a las cuales debían consagrar sus socios los clérigos rusos, al igual de un sacerdote francés, que Pedro vió trabajar en su jardín mientras viajaba por Francia; en la mejoría de las legumbres, en la conservación de los bosques, en las dimensiones de los robles que había que cortar para los fustes de cañón; en una palabra, si yo hubiera querido consagrar este artículo a la sencilla enumeración de los problemas que le preocupaban, el espacio me hubiera faltado. Y lo más estupendo, lo más milagroso es que en aquella actividad febril no se trataba, repito, ni de los sueños de un soñador ni de la experiencias de un diletante; sea cual fuese el ramo de la vida económica, política, militar o social de la Rusia zarista, en su base se halla siempre un úkase de Pedro el Grande y aun hoy día, a pesar de que la revolución ha derrumbado el antiguo edificio social ruso y ha cambiado la faz del estado y los modales de la vida, los bolcheviques continúan viviendo sobre el patrimonio dejado por Pedro el Grande. La raza de caballos de Viatka existe todavía, y las vacas de Kolmogor se consideran como la mejor raza lechera de Rusia. En una palabra, no hay escrito de Pedro que no haya sido transformado en algo concreto y duradero.

Su actividad parecía caótica y desordenada no sólo a algunos de sus contemporáneos, sino también a ciertos críticos de las generaciones posteriores, a todos los

que le juzgaban por la cantidad tremenda de úkases y cartas escritas de su puño y letra; en cambio los que averiguan los hechos, lo alcanzado, lo que queda aún ahora, dos siglos después de su muerte, no pueden hacer menos que admirarlo.

Después de lo expuesto no hay para qué extrañarse de que la sabia naturaleza lo creara gigante y lo dotara de una fuerza física tremenda, como si una inteligencia tan vasta, una energía tan feroz e indomable, una capacidad de trabajo sobrehumana y una abnegación absoluta—que le hacía sacrificarse entera, indivisiblemente, al bien de su patria—, como si estas calidades que por la intensidad, violencia, atrevimiento, cálculo y previsión con que se manifestaban, parecían sobrenaturales, no hubieran podido caber en un cuerpo de proporciones comunes.

Los extranjeros le conocen poco y no le entienden, porque Pedro no era un zar ni un hombre. Pedro era un milagro, un fenómeno incomprensible, inexplicable. Muchos de sus enemigos—la mitad de Rusia, todo el campo conservador y, aunque esto puede parecer absurdo, una buena parte del campo liberal y avanzado—lo son por razones políticas. Hasta hoy día los historiógrafos no se sienten capaces de contemplar serenamente su obra, sin tomar partido en pro ni en contra. La parcialidad en la apreciación de los méritos de Pedro proviene de que éste fué una expresión visible, material, del genio del pueblo ruso con todos sus defectos y calidades. Para entender a Pedro hay que entender a Rusia, su alma, los movimientos de su espíritu, impetuoso como los elementos. Pedro el Grande no puede ser comprendido separadamente del pueblo ruso, y en esto reside toda la dificultad. Quien entiende a Rusia y a los rusos, entiende a Pedro el Grande. Desde luego con las dificultades que presenta aquella comprensión tropiezan no sólo los extranjeros, sino también muchos rusos, sentenciosos y razonadores, como el sa-

bio historiógrafo Miliukov, por ejemplo. La razón de esta paradoja la explicó un poeta ruso diciendo:

No se puede abrazar a Rusia con la mente; se puede sólo tener fe en ella.

Esta condición fundamental: la necesidad de tener fe, cosa tan independiente de la pura razón, es lo que desvía y debilita el juicio de los enemigos de Pedro el Grande.

La dificultad de la apreciación y de la comprensión «razonada» de Pedro consiste además en la ausencia de cualquier precedente en la historia universal para el fenómeno que él presentaba. Pedro el Grande, sirviéndose de un material medio amorfo, medio rebelde, como eran los moscovitas de entonces, hizo de un oscuro reino oriental un poderoso imperio, el cual—un pie en Europa y otro en Asia—se impuso al mundo entero, y se impone aún ahora, hambriento, arruinado por la experiencia bolchevista. Y lo más estupendo es que aquel milagro ha sido realizado por la sola voluntad y cerebro de Pedro, sin ayuda ajena alguna.

Efectivamente, Pedro el Grande no encontró ni un aparato militar listo, como lo encontró Napoleón, ni un solo general ruso, que hubiera conocido la ciencia de la guerra, ni un solo elemento de administración u organización estadista, que hubiera podido ser conservado. La historia no nos enseña un solo nombre simpático, talentoso, entre todos sus colaboradores; nosotros los conocemos sólo por sus defectos y crímenes, por los castigos que les infligía Pedro, por la deshonrosa conducta que adoptaron, apenas enterrado su maestro...

Ya bajo los primeros Romanov, Miguel y Alejo, la influencia «occidentalista» no sólo se hacía sentir en Rusia, sino que provocó la escisión del pueblo en dos campos: «rusista» y «occidentalista», escisión abierta

y que partía la nación rusa en el sentido vertical, es decir, desde la propia familia del zar hasta las clases más bajas. Sin embargo, la preparación de la reforma, realizada por los predecesores de Pedro el Grande, se limitaba a tentativas tímidas por introducir ciertas artes y ciencias y sobre todo crear un ejército regular, que fuera un término medio entre la milicia moscovita de antaño y un ejército europeo; era, para decir así, la primera presentación de los medios y modales europeos, muestras de sistemas que había que aceptar o rechazar. Ciertamente ya era mucho para un pueblo bárbaro, pero es fácil imaginar la distancia que tenía que recorrer un hombre, aun siendo diez veces zar, para aceptar aquellas novedades personalmente y luego hacerlas digerir por todo un pueblo, que acogía con el grito «¡a muerte!» cualquier soplo que le llegaba del Occidente.

En fin, para completar este rápido esbozo de la figura titánica del reformador de Rusia, es ciertamente útil precisar que Pedro el Grande no ha dejado al fisco ruso ni un kopek de deuda de estado. Sus guerras, sus reformas, toda su actividad bulliciosa y sobrehumana ha sido pagada por la sangre y el oro de las dos generaciones que fueron contemporáneas y colaboradoras suyas. En cuanto a las generaciones posteriores, ni un solo rublo ni una sola hora de su trabajo han sido comprometidos para pagar los gastos de la formidable tarea de la primera instalación de industrias y de las costumbres de la cultura material «occidentalista».

Pedro el Grande conocía a fondo catorce oficios, y los conocía como quien puede enseñarlos: pero el oficio que le gustaba más, en que fué el primer maestro ruso, fué el de constructor de navíos y de carpintero. De aquí la metáfora del poeta Puchkin, otro genio ruso, que pretendía que Pedro abrió una ventana en la pared divisoria que separaba a Rusia de sus vecinos occidentales. La idea de un carpintero que con una hacha en

las manos nos corta una abertura en una pared de madera, transmite perfectamente el aspecto violento, indomable de su reforma. Para abrir una ventana en una pared de madera hay que cortar troncos enteros que la componen, y una vez cortados éstos, no hay posibilidad alguna de hacer desaparecer o ocultar la abertura.

¿Cómo sucedió aquel milagro de la adopción de la cultura europea por Pedro el Grande y la imposición de ésta a sus súbditos moscovitas? Es muy difícil contestarlo. En el ambiente en que Pedro creció hasta la edad de diez años nada parecía predisponerlo a la admiración del Occidente; al contrario, el sistema de su educación era mucho más nacionalista, «rusista», que el de su padre, el zar Alejo. Pedro fué entregado enteramente al cuidado de mujeres y hombres que eran el baluarte mismo de los «viejos creyentes». Los historiógrafos atribuyen una influencia decisiva en el cambio de sus simpatías a los acontecimientos de 1682, cuando la revuelta de los *streltzi* (1) provocó su advenimiento al trono, conjuntamente con su hermano Iván, un débil de espíritu, y con la proclamación de la princesa Sofía, su hermana, regente hasta la madurez de los jóvenes zares. Dicen que aquella revuelta, a pesar de haberle dado el trono (ficticiamente), demostró a Pedro por las escenas de asesinatos de miembros de su propia familia y de ciertos boyardos, sospechosos de simpatía hacia las tendencias «occidentalistas», que la vía «rusista» era la de la revuelta, del salvajismo, peligrosa para el estado y su propia salvaguardia. Pero, aun admitiéndolo, aquella impresión no era más que una experiencia negativa, que no explica cómo ha podido formarse una concepción personal de la cultura tan característica como era la de Pedro. Bien que él se entregó fanáticamente a la enseñanza del Occidente, esta

---

(1) Infantería semi-regular de Moscovia en el siglo XVII.

ni por un solo momento ha tenido la virtud de captarlo por su valor cultural intrínseco. Obligando a sus súbditos a imitar el Occidente absolutamente en todo, empezando por las ciencias, los alcances de la cultura material, los trajes y modales de la vida social, al mismo tiempo Pedro decía «que Rusia necesitaba de Europa solamente por algunas decenas de años, y que luego tendrá que volverle las espaldas». En otras palabras, Pedro estimaba que un plazo de cincuenta o sesenta años era no sólo suficiente para imitar a Europa e importar de allí el progreso cultural, tal cual, entero, sino que Rusia, después de un contacto estrecho y prolongado con Europa podría empujar y desarrollar la cultura *general* independientemente de las fuentes occidentales. Esta visión clara de lo que realmente sucedió con el tiempo es una de las chispas más brillantes del genio de Pedro. No importa si «algunas decenas de años» se transformaran en un siglo y medio, tanto más cuanto que Pedro, al hablar de esta manera, suponía ciertamente la aceptación sincera y franca de la enseñanza europea por el pueblo entero y no la lucha de un genio contra la inercia, la ignorancia y la mala voluntad de una masa inculta; lo principal es lo acertado de su idea: realmente, a mediados del siglo XIX, *Rusia empezó a desarrollar su propia cultura, ya en el plano universal.*

Pedro tenía veinticinco años cuando hizo su primer viaje al Occidente, con el fin de «ser el primero en aprender y en dar un ejemplo». Es interesante comprobar hasta qué punto la ciencia europea era para él cosa utilitaria. Pedro nunca ha podido escribir en ruso sin errores de ortografía, y errores graves, pero esto no le impidió aprender aritmética, matemáticas superiores, artillería, fortificación, astronomía, náutica, mecánica, hasta la medicina y el arte de la dentística, y todo mientras gobernaba a Rusia. Después de su muerte quedó un saco de dientes, extraídos por aquel primer dentista



diplomado ruso. Al mismo tiempo que el zar completaba su instrucción, todas las grandes capitales de Europa recibieron jóvenes rusos, que venían a aprender lo que había posibilidad de aprender en la Europa de entonces: desde la filosofía hasta la manera de arreglar las camas; y todo esto teórica y prácticamente. A los futuros oficiales de la marina rusa les fué impuesta la obligación de tomar parte en las batallas navales de las marinas que les instruían. . . .

Los gastos de la corte de Pedro el Grande no subían de sesenta mil rublos al año, pero cuando se trataba de contratar hombres que conocían oficios ignorados por sus súbditos, su prodigalidad no tenía límites; así, durante su primer viaje al extranjero, Pedro contrató en Holanda, sólo para el servicio de su futura flota marina, novecientos hombres, empezando por un vicealmirante y acabando por un cocinero marino. En 1702 en todas las ciudades de Alemania se veían, pegados en las paredes, los manifiestos de Pedro el Grande, que llamaba a los sabios, capitalistas, industriales, médicos y artesanos a venir a trabajar en Rusia, ofreciéndoles condiciones sumamente favorables. Hoy día un manifiesto de esta índole puede parecer nada, pero hay que volver mentalmente a la psicología del siglo XVII y recordar que todavía hoy muchos estadistas, en la América del Sur, por ejemplo, no entienden el papel ni la importancia de la inmigración, para comprender la agudeza y la penetración del espíritu de Pedro el Grande.

En 1698, mientras Pedro estaba en el extranjero, en Moscú estalló una nueva revuelta de los *streltzi*. Pedro volvió a Moscú y la ahogó en sangre. Fué una victoria cruel, pero decisiva, de la tendencia «occidentalista» sobre la «rusista», ya que con pretexto de aquella rebelión el partido conservador fué aniquilado: la zarevna Sofía fué internada en un monasterio, sus consejeros perecieron en el patíbulo, junto con cinco mil



*streltzi*; la protesta contra el «occidentalismo» tuvo que refugiarse en los bosques y en los sótanos. La ventana del lado de Europa no sólo quedó abierta, sino que fueron suprimidos sin piedad los que querían taparla.

---

Por la abertura practicada, Rusia tomó prestado antes de todo lo que le hacía más falta que cualquier otro adelanto: la ciencia militar. Esta fué asimilada con una rapidez vertiginosa. La Guerra del Norte empezó en 1700 por una derrota de los rusos en Narva: ocho mil suecos, bajo el mando del intrépido Carlos XII, derrotaron a treinta cinco mil rusos. Durante ocho años éstos continuaban yendo de derrota en derrota; pero al fin, en 1708, cerca de Lesnaia, catorce mil rusos derrotaron a diez y seis mil suecos, y nueve meses más tarde el ejército entero de Carlos XII fué aniquilado por Pedro el Grande en Poltava.

La ciencia militar ha sido asimilada por los rusos tal vez demasiado bien: el prestigio de los militares, sobre todo de la Guardia de Pedro, se hizo tan grande, que desde la muerte de éste y hasta el reinado de Catalina II, la guardia desempeñaba un papel pretoriano y con su ayuda se realizaron cuatro revoluciones palatinas. Desde luego la confianza ilimitada que Pedro el Grande tenía en las virtudes de su Guardia, de sus colaboradores en la gloria militar, que le comprobaron su apego con hechos y lo sellaron por la sangre, ha sido heredada enteramente por sus descendientes. Durante dos siglos los militares se consideraban como aptos para todo, aun para desempeñar los papeles de ministros de Instrucción pública y de Vías de comunicación, y el trono se hallaba rodeado por oficiales que veían en el zar a un jefe, al cual había que obedecer militarmente. Así el concepto de la lealtad puramente militar substituyó al de la lealtad civil, que consiste a veces precisamente

en la discusión con un monarca absoluto de los peligros y desventajas de ciertas medidas gubernativas. A esto hay que añadir que la gente del ejército, que es una corporación que no puede obrar de otro modo que por violencia, cuya razón de ser es la violencia misma, inculcaba a la administración entera la idea de que por violencia se puede hacer todo.

En el dominio de la instrucción pública, Pedro llegó hasta la idea de la *instrucción primaria obligatoria*. Desde luego tropezó con la falta de profesores y de institutores... Sin embargo, su úkase de 1714 hace obligatoria la instrucción primaria para todos los nobles, a quienes hasta les prohíbe casarse sin presentar un certificado de suficiencia en aritmética y geometría... Todas las residencias de obispos y todos los monasterios fueron obligados a abrir escuelas para *gente de cualquier clase*. Las escuelas para la preparación de los maestros existían en Moscú desde el año 1703; además en las dos capitales se abrieron escuelas de latín y de matemáticas, la Academia naval, escuelas de navegación y de medicina, de artillería y de ingenieros; en fin, cincuenta escuelas fueron fundadas en las ciudades provinciales y cincuenta en el ejército, para los hijos de los soldados. Todas estas escuelas cazaban a sus pupilos como si estos fueran conejos: cogidos los alumnos desertaban, y las autoridades los perseguían para cogerlos nuevamente, y, después de fustigarles, ponerlos a la disposición de los institutores. En 1722 de la escuela de navegación de Moscú huyeron, a la vez, ciento veintisiete alumnos. El colegio del pastor Gluck, en Moscú, en vez de trescientos cuarenta alumnos previstos, logró coger solamente cuarenta... Verdad es que el programa de aquel colegio podía asustar aún a escolares menos tímidos delante de las ciencias que los moscovitas; he aquí sus materias: geografía, ífica (?), política, retórica, filosofía cartesiana; idiomas: francés, alemán, latín, griego, hebreo (!), siríaco

(!!) y caldeo (!!!), el arte de bailar y de hacer reverencias francesas y alemanas, montar a caballo como un caballero debe y amaestrar caballos! . . . En provincia las autoridades arrestaban a los candidatos escolares y les tenían presos hasta que llegaban los profesores. De los cuarenta y siete profesores mandados a la provincia, diez y ocho volvieron por no haber hallado en sus escuelas alumno alguno. Desesperado, Pedro el Grande firmó en 1724 un úkase que ordenaba instruir a los niños abandonados, que no tenían protectores ni adonde fugarse.

En cuanto a la industria, Pedro el Grande la introducía con tanta energía, que antes de su muerte Rusia poseía ya doscientos treinta y tres establecimientos industriales importantes. Lo más maravilloso de esta actividad fué el hecho de que Pedro logró en pocos años el fin práctico, inmediato que se proponía: la liberación del mercado moscovita del dominio de los extranjeros. El balance del comercio exterior se convirtió en favorable para los rusos; el hierro y la tela de velas empezaron a ser objetos de exportación, que antes consistía sólo en materias primeras.

Estos resultados eran tanto más estupendos cuanto que la introducción de las industrias tenía un aspecto excesivamente forzado. El gobierno llegaba a tal extremo, que erigía fábricas y luego las transmitía a personas privadas, cuyo celo patriótico-industrial Pedro despertaba con favores, préstamos y subsidios, y si aun esto no tenía éxito, ponía en acción sus puños y su famoso palo.

Con la ayuda eficaz de este último argumento, las relaciones comerciales con Europa crecían rápidamente. El número de ciento cincuenta tres navíos, que tocaron en 1710 la tierra rusa en Arcángel, en el mar Blanco, quince años más tarde pasaba ya de mil navíos, que tocaron los nuevos puertos bálticos. En una palabra, en todos los ramos—marítimo, industrial, comer-

cial—Pedro el Grande hizo lo mismo que en el ramo militar: aprendió de los europeos lo que necesitaba para volver en seguida contra ellos las armas que los occidentales le enseñaron a manejar.

Desde luego fué otra cosa en el dominio de los derechos del hombre y del progreso espiritual. Los ejemplos europeos no servían en una atmósfera de violencia y arbitrariedad, y la situación en que se hallaba Pedro frente a los derechos cívicos de sus súbditos se verá clara recordando dos expresiones suyas: «aun si algo fuese bueno y lo necesitáramos, nuestra gente no lo haría sin obligación». En 1723 Pedro decía, ya cansado por su propia gloria: «¿Acaso no fué hecho todo por obligación? Sin embargo, por muchas cosas que ya dieron fruto, se oyen agradecimientos!» Hijo de sus padres y heredero de tradiciones tártaras, Pedro no respetaba la personalidad humana, aun cuando se tratara de él mismo. Un día, en medio de una borrachera, uno de sus convidados, irritado por las burlas del zar, le dió una bofetada; Pedro la aceptó como la cosa más natural: «El hombre tiene razón—dijo—; me he burlado demasiado de él!»

Así, a pesar de todos los alcances de la cultura material, las ideas humanitarias se reflejaban en aquel ambiente bárbaro de la manera más inesperada; así el principio de la libertad de la conciencia fué aceptada por Pedro mucho antes de la revolución francesa, pero con un correctivo: cualquiera podía seguir siendo «viejo creyente», siempre que pagara los impuestos duplicados... Lo mismo en cuanto al derecho de llevar trajes nacionales y barbas: sólo los campesinos lo poseían gratuitamente, mientras que las poblaciones urbanas, si no querían afeitarse, tenían que pagar cincuenta o cien rublos por barba, según la situación social de cada uno, y vestir los trajes europeos era para ellos obligatorio.

Una verdadera revolución fué hecha por Pedro el

Grande en el dominio de las prerrogativas de la carrera administrativa y militar, prerrogativas ligadas al linaje noble: los grados de la jerarquía estadista empezaron a depender sólo de los méritos personales; cualquier soldado podía conseguir el grado de oficial y con él un título de nobleza. Y desde luego Pedro no hizo nada para la liberación de los campesinos, y esto porque el sistema del derecho de servidumbre presentaba para el fisco una comodidad extraordinaria en el sentido del recaudo de los impuestos: en vez de tratar con millones de campesinos el fisco trataba con unos pocos millares de terratenientes.

Y a pesar de esto, Pedro hizo esfuerzos sobrehumanos para inculcar a los rusos los sentimientos de valor, de lealtad, de honor. El mismo daba un ejemplo del sentimiento de su propio deber de monarca, que llegaba hasta el sacrificio absoluto de sí mismo. Así empezó en la historia rusa aquella lucha del despotismo con la barbarie popular, durante la cual la cultura se acomodaba con la esclavitud, la tiranía con la libertad, mezcla extraña, que durante dos siglos fué la piedra angular de la política interior de los zares.

De las ideas «occidentalistas» importadas por Pedro no quedaban más que las formas exteriores en que estas se expresaban: Pedro inauguró el primer teatro (alemán) en Moscú en 1702; el mismo Pedro creó el primer diario moscovita en 1703; y bajo el mismo Pedro se editó en San Petersburgo, en 1717, un libro, que obtuvo un éxito especial cerca de los lectores rusos, que llegó a ser editado tres veces y que se llamaba: *El espejo honrado de la juventud*. El autor aconsejaba en él a sus lectores hablar en la casa en francés, para que los siervos no entendiesen la conversación de sus señores; no entrar nunca en relaciones con la servidumbre, y tratarla con desconfianza y desprecio, domarla y humillarla por todos los medios posibles e imaginables...

Así los bárbaros moscovitas, afeitándose las barbas

y colocándose pelucas, cambiaban sus antiguos vestidos de brocado por las levitas de seda y de terciopelo, se colgaban de la cadera espadas francesas, pero en el alma seguían siendo los mismos bárbaros iletrados, con la agravante de haber cortado las raíces que antes les ligaban a su pueblo y formar una clase de desarraigados que perdieron rápidamente el último contacto con su tierra natal, bien que continuaban viviendo en esta. Dejaron de ser rusos, y no se hicieron europeos, y eran en su propio país algo como aquella mugre internacional de París, que llena actualmente los salones parisienses de segundo grado, que cree ser el «alto mundo», que renunció a sus ideales y costumbres nacionales para conseguir el título de «vrai parisien», mugre que desprecian los parisienses de raza, y que al mismo tiempo ha perdido la estimación y el lazo de unión con sus propios pueblos.